

Los perros del paraíso, una reescritura histórica

Abel Posse

Aura Cristina Bunoro

Universitatea Româno-Americană, București

Resumen

La recuperación de la libertad de los países de América del Sur del yugo de la corona española significó por otro lado la necesidad de encontrar su propia identidad y de definirse como pueblos con rasgos y costumbres peculiares. Los escritores de los siglos XIX y XX intentaron recuperar la herencia precolombina y ayudar a la consolidación y definición de la identidad nacional.

En las novelas del argentino Abel Posse y específicamente, en *Los perros del paraíso* se encuentran personajes, hechos históricos, situaciones, tiempos o data, sentimientos y relaciones interpersonales transformados en realidad al interior de la obra de ficción.

Los perros del paraíso es una reescritura histórica, la reescritura de las historias del descubrimiento, conquista y posterior colonización de América. Se trata de la reinterpretación del pasado desde un presente postmoderno que busca su identidad y para lograrlo debe desvirtuar la veracidad del tradicional discurso histórico.

Palabras clave

identidad nacional, historia, literatura, reinterpretación

La novela *Los perros del paraíso* está dividida en cuatro partes: *El Aire*, *El Fuego*, *El Agua* y *La Tierra*. Cada una de ellas aparece encabezada por una particular cronología.

En *El Aire* la cronología que encabeza este capítulo va desde 1461 hasta 1649. El anacronismo está utilizado por el autor como un procedimiento que apoya al autor en parodiar acontecimientos históricos [1, 75]: “1469 – En un clima de deliciosa lujuria adolescente Isabel y Fernando de Aragón se amanceban por Iglesia el 18 de noviembre. Los fidelísimos SS. Nace el Imperio donde nunca se pone el sol” [2, 12].

La referida cronología funciona también como una suerte de anticipo o resumen de los hechos que van a narrarse. Intercalada con las fechas que corresponden al calendario occidental, aparece una fecha que pertenece al calendario de los indios americanos: “2-Casa Fracaso de las reuniones incaico-aztecas en Tlatelolco. Abstención de crear una flota para invadir “las tierras frías del Oriente”. Globos aerostáticos de los incas. Pampa de Nazca- Diisseldorf”.

El segundo capítulo, *El Fuego*, según la cronología que lo encabeza, abarca desde “1476 – Colón en Portugal. Casamiento. Su último intento para huir de la excepcionalidad. La secta y la pasión del Paraíso” [2, 73], hasta “1488 – 9 de abril. Panorgasmo de Colón. Queda sellado con Isabel de Castilla el acuerdo de la secretísima secta del Paraíso” [2, 73].

Al igual que en la cronología que corresponde al primer capítulo, en la presente también se intercala una fecha del calendario inca “4-Calli”, y se continúa hasta el final de la novela con el contrapunto espaciotemporal ya señalado.

En el capítulo *El Agua*, los hechos anunciados por la cronología toman un especial interés. La primera fecha “1492-1502 – Una partida que durará diez años...”, refleja la unicidad temporal que el autor imprime a las distintas instancias – viajes – que implica el ingreso de América en el mundo conocido. La última fecha elegida, 1498, “el *omphalos* del mundo” es para el autor el momento en que el hombre, Colón, un elegido, entra en contacto con el Paraíso Terrenal. La fecha elegida no corresponde con el descubrimiento. Se trata de un juego temporal [3, 176].

El último capítulo, *La Tierra*, comienza en 1498 “Llegaron los dioses barbados y transmarinos” y finaliza en el año 1500, con una rotunda metáfora que no deja lugar a dudas sobre el fin, no de la novela, sino de un mundo: “La muerte vuelve a Castilla. El fin de la Secta. Fernando firma la orden de captura del almirante. Rebelión de los perros. Colón en cadenas. Las Puertas del Este desmontadas y enviadas a la Universidad Católica de Bruselas” [2, 232].

También en esta cronología se intercala una fecha del calendario indio, pero a esta altura de la obra, la contradictoria y compleja fusión de ambos mundos se encuentra claramente planteada.

En *Los perros del paraíso* hay una sucesión de secuencias diferenciadas gráficamente. En cada una de ellas, con cierta linealidad cronológica se van desarrollando, contrapuntísticamente, distintas líneas narrativas que luego se fundirán con la llegada de Colón a América.

El libro de Abel Posse representa un conjunto de historia, de crónicas, de filosofía, de diarios, de cartas, de descripciones. Todo esto se consigue con el apoyo de la intertextualidad. Las referencias históricas abundan en el libro. Se nos presenta la situación de Castilla en tiempo de Enrique IV que fue apodado en su tiempo por sus adversarios el *Impotente*, no tanto por no haber tenido descendencia de su primera esposa, Blanca de Navarra, como por ser de dominio público la dejación que hacía de sus obligaciones conyugales. Por eso, cuando su segunda esposa, Juana de Portugal, dio a luz una niña, ésta fue atribuida a una supuesta relación adúltera de la reina con uno de los privados del monarca, don Beltrán de la

Cueva; de ahí que se motejase a la princesa como la *Beltraneja*. Además son presentados algunos de los hijos de los Reyes Católicos, Juana la Loca casada con Felipe el Hermoso, el príncipe heredero Juan que muere joven. Está presente la figura del Maestre de Calatrava, varón ya de 43 años, que no era del gusto de Isabel y ésta rogó al cielo que no llegara a celebrarse la boda con él. Don Pedro murió misteriosamente unos días antes; la figura de Torquemada, la de Beatriz de Bobadilla, la de los condes de Cabra, las de Susana Fontanarrosa y Domenico Colombo, padres de Colón, la de Felipa Moñiz de Perestrello, esposa de Colón, la de Beatriz Enríquez de Arana, amante de Cristóbal Colón.

Relacionados también con la historia son los comentarios del autor acerca de lo que ésta representa. El autor considera que los cronistas, los que escriben la historia, eligen siempre lo fácil: “Los cronistas no retienen el texto de aquella proclama; como siempre, captan lo fácil” [2, 54]. Las crónicas son superficiales, no captan lo profundo.

Abel Posse considera que el sentido de la historia construida para consumo oficial es banal porque “sólo hay Historia de lo grandilocuente, lo visible, de actos que terminan en catedrales y desfiles”. Además “los fracasos y los miedos no se confían a la posteridad”. El autor habla incluso de la falsedad de los historiadores: “No se tiene el detalle de las reuniones de las empresas financieras (muy poco de lo importante queda por escrito, de aquí la falsedad esencial de los historiadores)” [2, 129].

Las referencias filosóficas también están presentes con la ayuda de la intertextualidad. Aparece Platón y el mito de la caverna al lado del pensamiento aristotélico: “Platón gobernaba desde el fondo de la caverna del tiempo aquellos delirios organizados por profesionales de la divinidad que abusaban descaradamente de las geometrías del pensamiento aristotélico” [2, 81].

Tampoco falta Heidegger: “De este modo los esposos de sangre noble accedían a la carne conscientes de la vanidad del placer, de lo pasajero de la vida y de la evidencia del heideggeriano *Sein zum Tod* (ser para la muerte)” [2, 81]. Al final de libro vuelve a aparecer mencionado el nombre de Heidegger: “Bestezuelas incapaces de ladrar que los primeros cronistas españoles hasta llegaron a negarles naturaleza perruna, la “esencia de la perridad” como diría Heidegger” [2, 300].

Otro filósofo famoso integrado en *Los perros del paraíso* es Hegel al lado de sus “hombres del espíritu”: “Los hegelianos “hombres del espíritu” se habían impuesto sin misericordia” [2, 298].

Un filósofo escondido tras el lansquenete Swedenborg es también Emanuel Swedenborg, científico, teólogo y filósofo sueco.

Sin embargo, la figura más destacada es la de Nietzsche que está presente a lo largo de la obra no siempre nombrado directamente sino a través de sus afirmaciones (“Dios ha muerto”, “Lo que no te mata te hace más fuerte”). Algunos personajes son sumamente sugerentes como por ejemplo Ulrico Nietz que evoca a Nietzsche, no sólo porque utiliza las afirmaciones de Nietzsche sino también por tener el apellido muy parecido con el del filósofo y también por ser alemán. Ulrico Nietz se opone a la figura de Las Casas que simboliza la verdadera fe. Los dos se van en busca de Dios y mientras Nietz necesita pruebas evidentes para Las Casas todo está muy claro: Dios está presente en todo: “No tuvo dudas. No necesitaba más. Había sido educado para comprender a Dios por el lado de la ausencia” [2, 291]. Se evoca a Nietzsche también a través de la idea de superhombre presente a lo largo de la obra: “¡El hombre es una cosa que debe ser superada! Estamos en la medianoche que precede al glorioso amanecer del superhombre. ¡Adelante! No detenerse en la moral que sólo es el refugio de los viejos y los enfermos; los negadores de la vida” [2, 115].

Con la ayuda de la intertextualidad se insertan en la obra fragmentos del diario de Colón, cartas escritas por la reina Isabel a Fernando y las escritas por Fernando a la reina Isabel, se mencionan escritores poetas, pintores, arquitectos importantes como Ovidio (p. 184), Alejo Carpentier (pp. 140 -141), Petrarca (p. 108), Homero (p. 191), Dante (p. 88), Gaudí (p. 179), Michelángelo (p. 100), Botticelli (p. 82), Tiziano (p. 82), Sartre (p. 90), San Agustín (p. 248, p. 271), Thomas Mann (p. 126), Cicerón (p. 187), San Pablo (p. 202), Rousseau (p. 120), Kafka (p. 259). Aparecen también versos de *Chilam Balam de Chumayel*.

En *Los perros del paraíso* aparece una serie de anacronismos, palabras que se refieren a algo que no se corresponde, o parece no corresponderse con la época a la que se hace referencia. Se utilizan palabras como *chic*, *pogrom*, *cross-country*, *cross body*, *negro-hard*, *putsch*, *kitch*, *self-service*, *teen-ager*, *confett*, *marketing* que no se pueden relacionar con la época de Cristóbal Colón y los Reyes Católicos o con el mundo indígena. De hecho la presencia de autores y personajes literarios, pintores, filósofos etc. posteriores al período del descubrimiento de América también representan una forma de anacronismo.

Abel Posse pone en antítesis la imagen de España durante el reino de Enrique IV, cuando el país estaba amenazado por la locura con la imagen de España durante el reino de los Reyes Católicos y con la imagen de España después de la llegada de Colón a América y después de los malos tratos aplicados a los indígenas.

La parte sobre la situación mórbida de España sigue a las páginas llenas de dolor cuando se presenta la situación de los indígenas maltratados por los “falsos dioses”. Los indios se presentan como pacíficos, blandos, sometidos a las injusticias de los españoles que se aprovecharon del malentendido teológico para sojuzgar a la población de América: “Desde el primer día en que descubrieron Europa y los barbudos, el 12 de octubre de 1492 (según el calendario – no venusino – de los blancos), se habían sometido con docilidad a las malolientes “divinidades”.

Cumplían, de su parte, estrictamente con la palabra cristiana. Después de la tortura (hasta les arrancaban los ojos y los testículos para hacerles confesar depósitos de oro y perlas), recogían sus ropitas, se inclinaban y agradecían” [2, 280-281].

El autor presenta la visión de los vencidos desde un presente postmoderno que busca su identidad.

Los personajes centrales de la obra son Cristóbal Colón, Isabel la Católica y Fernando de Aragón. Todo lo demás gira a su alrededor. Sin embargo, el personaje más destacado es Colón. La novela es simétrica. Empieza presentando a los tres en su adolescencia y juventud y cierra con los recuerdos de ellos de ese período.

Colón era “rubio y fuerte como un ángel, solía decir Susana Fontanarrosa, su madre. El joven se negaba al sombrío ejercicio de la sastrería. Tampoco quería ser cardador, ni quesero, ni tabernero” [2, 22].

“¡Solo, sin patria, externo, viudo sin herencia, pobre y cargado con un terrible conocimiento esotérico que nadie parecía dispuesto a soportar!” [2, 84]. Sin embargo, luego, “comprendió, con sosegada y agradecida modestia, que en él el genio había sobrepasado al humano” [2, 95]. Esta idea de “superhombre” acompaña a Colón a lo largo de toda la novela.

Vive momentos de amor al lado de Beatriz Enríquez Arana, al lado de la reina Isabel, intenta domar a Beatriz Peraza. Pero su gran meta en la vida ha sido descubrir el Paraíso Terrenal: “Sólo uno busca el Paraíso, los demás huyen del infierno español”. Él ha sido el elegido, el que tenía que encontrar el Paraíso: “Yo creo que soy el único que busca el Paraíso y tierras para los injustamente perseguidos” [2, 148].

No sólo la búsqueda del Paraíso está reservada y oculta al común de los mortales, sino que también la intuición y certeza de su existencia es para unos pocos. Sólo los elegidos, “al Paraíso Terrenal no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina”.

Independientemente de esa España que resurge febril y que Posse encarna en la “angélica” pareja de Isabel y Fernando; Colón y la Reina son en última

instancia, los verdaderos iluminados, sólo ellos saben de la existencia del Paraíso. Y sólo ellos podrán encontrarlo.

La función encuentro, está totalmente a cargo del Almirante. El llega a América. Su otrora “nostalgia del Paraíso” se convierte en una realidad concreta y mensurable. El misterio se desvela, y a cada paso en estas nuevas tierras, Cristóbal lo confirma.

No es el grito de ¡Tierra! el que confirma el contacto, es algo más profundo, que viene desde el principio de la historia. Es el hombre que vuelve a su origen y se reconoce en su mismidad. Es el hombre que recupera lo perdido, lo olvidado: su identidad en su principio.

Después del tiempo pasado en América, Colón se da cuenta de que está *en* el mundo, de que se había transformado: “Sin saberlo, como para apenarse o jactarse vanamente, se había transformado en el primer sudamericano integral. Era el primer mestizo y no había surgido de la unión carnal de dos razas distintas. Un mestizaje sin ombligo, como Adán” [2, 289].

Colón creyó en el Paraíso. Lo encontró. Vivió en la certeza del Paraíso. Su ciclo no se cierra con un fracaso, había llegado al Origen. Pero estaba solo, y por eso es derrotado.

En ese Occidente jadeante y agónico, no sólo Colón busca el Paraíso. Isabel es su cómplice. La reina también es una elegida. Con un empeño obsesivo y casi patológico emprende sus empresas y logra sus fines [3]. Así llega a sus bodas con Fernando. Siendo casi una niña, en esa corte “más herencia que actualidad” despliega sus redes y ejerce su seducción con antigua sabiduría.

Más adelante, la vemos ya en plena lucha por Fernando. El enlace se produce y el mundo se conmueve ante aquellas “conjunción de los adolescentes angelicales y salvajes”.

En la relación de Isabel con Fernando, aparece ya una especial modalización del autor. La perfección en la relación física eleva al hombre a un plano supraterráneo, a la vez que confirma una condición sobrehumana. Consumado el matrimonio y consolidado su omnímodo poder, “monta tanto monta, Isabel como Fernando”, empieza otra conquista: “... conseguir nuevas tierras... invadir Francia, dominar el Papado con los Borja y por último adueñarse del mundo” – Vienen los hijos, Juana la Loca “que no necesitó crecer mucho para mostrar su extraña y trágica naturaleza” y , y el Infante Juan. que ya se muestra débil y enfermizo.

Finalmente, se consolida el dueto erótico-histórico que conmoverá los cimientos de todo Occidente. Isabel y Cristóbal se encuentran. Después de una

danza, ambos buscadores convalidan el contacto. La Reina era su cómplice secreta en la secretísima aventura del Paraíso.

Isabel ya ha conseguido a Fernando pero se siente sola en la empresa. Fernando que en algún momento destelló en su cama y compartió sus visiones, desde la coronación de Isabel “la sometería a la exasperada lujuria del despechado, del burlado”. La reina se siente sola, sabe que hay algo más, que su poder no será total si no lo consigue. Tampoco puede contar con la débil estirpe que la continua.

Isabel aparece como una mujer fuerte que sabe alcanzar sus objetivos. Y junto con Colón son los dos “elegidos” que deben cumplir con su misión.

Abel Posse recurre a la prolepsis y vuelve a contar o evocar anticipadamente hechos ulteriores. La novela abunda en este tipo de evocaciones. Aparecen también referencias a la Segunda Guerra Mundial.

Se nos habla también del *lingam*, “ese fenómeno que los sexólogos alemanes llamarán *Verfremdung*”. El autor evoca también a “aquellas apasionadas y elegantes tísicas que proliferarían en el siglo XIX” [2, 182]. Otros ejemplos de utilización de la prolepsis son también los siguientes:

“Como escribirá a los agentes de la *Banca San Giorgio*: Ningún hombre, desde los tiempos del rey David, recibirá gracia parecida a la mía” [2, 221].

“Con su instinto político –que Maquiavelo elogiará- intuía que se estaba iniciando un expediente de muy peligrosas consecuencias” [2, 237].

“De las ciudades hanseáticas se importaban sales de plomo (las mismas que Francisco I recomendaría a Carlos V)” [2, 293].

La parodia también ocupa un lugar destacado en *Los perros del paraíso*. Se establece una parodia irónica a las tablas cronológicas en la que emerge una clara crítica al laconismo y estilo telegráfico de las tablas de las crónicas. Con un tono fragmentario, se introducen hechos específicos y sin ninguna relevancia histórica: “1468 Tardía, ambigua e intencionada circuncisión de Cristobal Colón”. En las tablas cronológicas, se mencionan interpretaciones del narrador y explicaciones que no sólo presentan los hechos; los describen y justifican, características inexistentes en la crónica.

La parodia está presente también en la presentación de la situación del cristianismo y de la religión en general: “el judío Torres defecó sobre una cruz y el alemán Nietz orinó sobre la estrella de David” [2, 268].

Colón es un personaje parodiado cuando se le dice “dominador, chulo, acabronado”. O cuando en una nota no se nos aclara muy bien su origen: “Colón, como la mayoría de los argentinos, era un italiano que había aprendido español” [2, 76].

Los perros del paraíso es una reescritura histórica, la reescritura de las historias del descubrimiento, conquista y posterior colonización de América. Se trata de la reinterpretación del pasado desde un presente postmoderno que busca su identidad y para lograrlo debe desvirtuar la veracidad del tradicional discurso histórico.

En las novelas del argentino Abel Posse y específicamente, en *Los perros del paraíso* se encuentran personajes, hechos históricos, situaciones, tiempos o data, sentimientos y relaciones interpersonales transformados en realidad al interior de la obra de ficción. La reescritura de la historia es uno de los elementos esenciales de la narración y un recurso al que el autor acude para recuperar todo lo que la historia oficial había silenciado o manipulado [1, 46].

Bibliografía

1. Aracil Varón, M. Beatriz, *Abel Posse: de la crónica al mito de América*, Cuadernos de América sin nombre, Compobell, Murcia, 2004.
2. Posse, Abel, *Los Perros de! Paraíso*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1993.
3. Patiño Correa, Viviana, *Los perros del Paraíso de Abel Posse*, en *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 19. Ed. Univ. Complutense, Madrid, 1990, URL: revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/download/.../23773.